

EDITH STEIN: LA FILÓSOFA QUE ENCUENTRA A DIOS

EDITH STEIN: THE PHILOSOPHER WHO FINDS TO GOD

Edgar Cruz Acuña*

RESUMEN

El propósito de este ensayo consiste en resaltar uno de los aspectos de la multiforme cualidad de una intelectual católica que llegó a abrazar la fe luego de un largo itinerario de búsqueda incesante de la verdad, y, al encontrarla la contempló con reverencia y se consagró a su servicio. La personalidad de Edith Stein, su espíritu de entrega, responsabilidad y coherencia, constituye un ejemplo vivo para todo intelectual cristiano contemporáneo que busca con sinceridad la verdad, no solamente mediante el uso natural de la razón, sino también a través de la luz que viene de lo alto. Su testimonio de sapiencia, fe, valentía y entrega, trasciende los límites eclesiales, irradiando a toda conciencia que busca la Verdad, la Belleza, la Justicia y la Felicidad.

PALABRAS CLAVE:

fenomenología, razón, verdad, contemplación, mística, fe, tomismo.

ABSTRACT

The purpose of this paper is to stand out the qualities of a Catholic intellectual who came to embrace the faith after a long journey of relentless pursuit of truth, which looked with reverence and devoted to their service. Edith's personality, her spirit deliver, coherence and responsibility, is the exact example for all contemporary Christian intellectual sincerely seeking the truth, not only by the natural use of reason, but also of the light coming from above Christian faith. Her testimony of wisdom, faith, courage and commitment, church transcends boundaries, radiating conscientiously seeking Truth, Beauty, Justice and Happiness.

KEYWORDS:

phenomenology, reason, truth, contemplation, mystic, faith, Thomism.

* Docente de la Universidad Católica Sedes Sapientiae: edgar.cruz@pucp.edu.pe

INTRODUCCIÓN

Presento un bosquejo de la trayectoria histórica de Edith Stein, maestra, filósofa, mística y santa carmelita que, después de haberse alejado por un tiempo de la fe, encontró nuevamente a Dios en el contexto de la experiencia cristiana. Es la santa suscitada para nuestro tiempo; su vida consagrada a la búsqueda de la verdad tuvo, finalmente, un desenlace doloroso, pero también glorioso: icruz y resurrección! Habiendo alcanzado vislumbrar el "rostro" del Misterio, luego de un arduo trabajo intelectual, lo contempló con amor y reverencia, y se puso a su servicio hasta dar la vida por él.

Muchos testimonios académicos dan cuenta de la grandeza e importancia de Edith Stein. Trabajos de alta calidad y reconocimiento, por provenir muchos de ellos de la misma cantera donde se forjó la santa. En el presente estudio he seguido muy de cerca los datos que se recogen, tanto en el texto del padre Antonio Sangalli OCD y Bruno Biotti (1999), como en las obras completas de Stein, editado por Julen Urkiza y Francisco Sancho (2002). Estos, y muchos autores, ensalzan sus virtudes humanas, intelectuales y espirituales. Yo también me aúno a ellos con el único propósito de seguir contribuyendo a la difusión de la vida de fe, pensada y donada de la santa.

En esta oportunidad, el objetivo de la presentación no se aboca a desarrollar un tema específico de la multiforme producción intelectual y mística de Stein, sino a desplegar un itinerario biográfico de búsqueda de la verdad, desde la filosofía, pasando por la teología, hasta arribar en la mística. Un camino que va desde la razón natural a la fe sobrenatural, desde la verdad humana filosófica, hasta la verdad divina teológica, desde el ser

finito al Ser Eterno. Todo en una relación de secuencia y complementación. Así lo entendió Stein, así lo vivió y así se adhirió a su contemplación y servicio.

1. Primera etapa de su vida

Edith Stein, la menor de once hermanos, nació en Breslau (Alemania) en 1891, en el seno de una familia judía ortodoxa. Su padre Sigfred Stein, de profesión comerciante, falleció cuando ella apenas tenía dos años, encargándose la madre del cuidado y la educación de sus hijos. Según testimonios, desde un principio, mostró una personalidad fuerte, independiente, audaz y emprendedora. Muy propensa a los estudios, manifestó gran afición por la historia y la literatura de su país, así como su admiración por los grandes genios de la música como Bach, Mozart y Wagner.

Algunas circunstancias adversas ocurridas en torno a su familia -la muerte prematura de su padre, el suicidio de unos familiares muy cercanos, la sobrecargada religiosidad de la madre, la falta de respuestas a sus exigencias existenciales- la sumergieron en una profunda crisis existencial y de fe religiosa. Debido a ello, entre los 13 y 15 años, no solamente descuidó y abandonó sus estudios en el Instituto, sino también, de manera consciente y libre, abandonó la práctica de la religión judía, declarándose completamente atea, ansiosa de encontrar respuestas en otras fuentes más acordes a sus exigencias sobre el sentido de la vida y la realidad. Sin embargo, un año después volvió a retomar sus estudios, terminando brillantemente en marzo de 1911.

2. Trayectoria Académica

En el año 1911, inició su formación humanística en la Universidad de su

ciudad natal. Se matriculó en la Facultad de Filología, Historia y Psicología, destacando de manera especial en alemán, latín e historia. Sin embargo, tampoco su primera formación humanística alcanzó satisfacer sus expectativas y responder sus exigencias. Predominaba en el ambiente académico un clima de escepticismo y relativismo empirista, de agnosticismo neokantiano y de psicologismo natural y materialista que pretendían reducir todo a la mera materialidad. En este contexto de malestar e incertidumbre, es que Edith conoce el libro "Investigaciones Lógicas" de Husserl, cuya lectura le abriría hacia una perspectiva diferente y nueva de la realidad, debido a su orientación clarificadora del nuevo método fenomenológico; sin pensarlo mucho, decidió trasladarse a la Universidad de Gotinga en 1913, donde E. Husserl ejercía el magisterio, convencida de que él era el filósofo de su tiempo.

Las enseñanzas del maestro le impresionaron hondamente porque suponían "un abandono radical del idealismo crítico kantiano y del idealismo de cuño neokantiano" (Sangalli-Biotti, p. 33). Para sus discípulos y críticos del momento, dicha propuesta significaba una "nueva escolástica", ya que apartando la mirada filosófica del sujeto, se dirigía ahora al objeto mismo. Bajo este nuevo enfoque, el conocimiento más que crear o dar forma a la realidad, consistía en reconocer la realidad tal cual es en la globalidad de sus factores y adherirse a ella como criterio regulador.

Stein compartía con sus colegas que la perspectiva fenomenológica, más que un sistema filosófico, es una determinada actitud vuelta hacia las cosas mismas; más que un compendio doctrinal, es un método que permite abrirse a la realidad y comprenderla desde ella misma. La

fenomenología husserliana, tal como aparece planteada en "Investigaciones Lógicas", se propone la comprensión de las esencias que subyacen en la apariencia. Por eso Husserl comienza analizando primero el sentido original de las palabras, separando con minuciosidad y rigurosidad los distintos significados y, de este modo, va penetrando gradualmente en las cosas mismas, a través de la puesta en evidencia del significado preciso de los términos. Al respecto escribía: "Ahora, las cosas mismas que habría que entender a través del significado de las palabras, no son hechos empíricos individuales, sino algo general, es decir, la idea o la esencia de las cosas..." (cit. por Sangalli-Biotti, p. 32).

El período de su estancia en Gotinga (1913 – 1915), fue una etapa llena de nuevas experiencias y grandes retos. Dos hechos fueron significativos en esta etapa: por un lado, el inicio de sus investigaciones de su tesis doctoral sobre de "El problema de la empatía", bajo la guía del maestro Husserl y, por otro lado, el tener que interrumpir sus estudios para ingresar, en calidad de voluntaria, al servicio de la Cruz Roja, luego que estallara la Primera Guerra Mundial en 1914. Su abnegada labor le hizo merecedora de un reconocimiento especial del gobierno con la "medalla al valor". En este período también conoció y entabló amistad con Max Scheler (1874-1928), un filósofo de renombre y de gran importancia para el desarrollo de la fenomenología, la ética, la antropología filosófica y la filosofía de la religión. De él aprenderá el recurso a los temas de la filosofía de la vida y el agustinismo teológico y filosófico. Además, conoció y trabó amistad con otro gran filósofo, Adolf Reinach (1883-1917), discípulo y colaborador de Husserl en la cátedra, dedicado a la

aplicación del método fenomenológico en el ámbito jurídico. Tanto Scheler como Reinach, dos discípulos genuinos de la escuela de Husserl, influyeron decisivamente en la formación de Stein, no solamente desde el punto de vista académico, sino sobre todo existencial, expresando y entendiendo la vida desde una perspectiva diferente. En relación a Max Scheler escribirá: "Tanto para mí como para otros muchos, la influencia de Scheler en aquellos años fue algo que rebasaba los límites del campo estricto de la filosofía (...) era la época en que se hallaba saturado de ideas católicas (...) Este fue mi primer contacto con este mundo hasta entonces para mí completamente desconocido. No me condujo todavía a la fe. Pero me abrió a una esfera de "fenómenos" ante los cuales ya nunca podía pasar ciega (...) Las limitaciones de los prejuicios racionalistas en los que me había educado, sin saberlo, cayeron, y el mundo de la fe apareció súbitamente ante mí. Personas con las que trataba diariamente y a las que admiraba, vivían en él (...) Me conformé con recoger sin resistencia las incitaciones de mi entorno y casi sin notarlo fui transformada poco a poco" (Urkiza-Sancho, p. 241).

Por esta y otras razones, Stein consideraba su estancia en Gotinga como una etapa muy feliz y de gran significado para su vida. En este ambiente académico conoció también a otros filósofos e investigadores, procedentes de diversos ámbitos geográficos, tales como la filósofa Hedwig Conrad-Martius (1888-1966), discípula de Husserl y luego profesora en la Universidad de Munich; el filósofo y médico Hans Lipps (1889-1941), que se ocupó de la filosofía del lenguaje y de la antropología; y el filósofo polaco Roman Ingarden (1893-1970) con marcados rasgos racionalistas (Sangalli-Biotti, p. 38).

En 1916, Husserl incursionó como docente en la Universidad de Friburgo. Un año antes, Stein ya había obtenido la Licenciatura y la "habilitación" pedagógica. Viendo partir a su maestro, y deseosa de continuar sus estudios de postgrado, solicitó su ingreso y fue admitida en la Universidad de Friburgo. En este contexto, y debido a la ausencia de los colaboradores de Husserl, solicitó a su maestro el puesto de colaboradora en sus labores académicas. Husserl aceptó la propuesta, un poco sorprendido pero a la vez con agrado; pues la conocía personalmente, admiraba su actividad científica, su dedicación al trabajo y su fuerte personalidad. Casi por dos años trabajaron juntos. El maestro elogiaba su progreso académico y se sentía muy satisfecho de la labor que realizaba su asistente. Sin embargo, de parte de ella no era lo mismo. En varias ocasiones había expresado públicamente su malestar al tener que obedecer siempre y realizar los trabajos por debajo de su competencia académica. Su disgusto iba en el sentido que el maestro no la trataba como colaboradora suya sino como una simple asistente. Esto desmotivaba su permanencia y por eso solicitó personalmente ser despedida.

No obstante, a pesar de los contrastes y choque de caracteres, entre ellos se había forjado un gran aprecio, respeto y reconocimiento mutuo. A pesar de los contrastes mutuos, Stein escribía sobre Husserl: "Él sigue siendo para mí el maestro, y ninguna debilidad humana puede oscurecerme su imagen" (Carta, 19-2-1918). También Husserl escribirá de ella: "En ella todo es verdadero. En el caso de que la carrera académica se abra a las mujeres, recomiendo a la señorita Edith en primerísimo lugar y de la forma más calurosa para ser admitida a la "habilitación" (Cit. en Sangalli-Biotti, p. 45).

Al igual que su estancia en Gotinga, también su permanencia en Friburgo la consideró muy satisfactoria. Sucedieron hechos muy significativos para su vida, como aquel 30 de marzo de 1917, cuando sustentó con éxito su tesis doctoral sobre "El problema de la empatía", siendo proclamada Doctora Summa Cum Laude en Filosofía. Otro hecho que recordaba con nostalgia de esta época fue su experiencia de uno de los encuentros religiosos más bellos y significativos: cuando al visitar una iglesia católica se topó de frente con la imagen de Cristo en la cruz y su presencia en el sagrario; veía llegar a la gente de toda condición, y ponerse de rodillas para hacer oración. Al respecto escribirá más tarde: "Esto fue para mí algo totalmente nuevo. En las sinagogas y en las iglesias protestantes, a las que había ido, se iba solamente para los oficios religiosos. Pero aquí llegaba cualquiera en medio de los trabajos diarios a la Iglesia vacía como para un diálogo confidencial. Esto no lo he podido olvidar" (Urkiza-Sancho, p. 241).

Por otro lado, la muerte prematura de su amigo A. Reinach (32 años) en el frente de batalla en 1917, por un lado le conmovió de dolor profundamente y, por otro lado, se sintió provocada por el testimonio cristiano de profunda fe, aceptación y entrega a Dios de su amiga, la joven viuda Anne, quien personalmente le pidió quedarse un tiempo a su lado para encargarse del legado póstumo del joven filósofo. Stein lo hizo de buen grado, descubriendo en ella la serenidad que puede dar la fe cristiana aún en el sufrimiento. Más tarde dirá que fue su "primer encuentro con la cruz", su primera experiencia de la fuerza divina que emana de la cruz de Cristo y que llega a los que la abrazan: "Por primera vez pude contemplar en toda su resplandeciente realidad la Iglesia nacida

del dolor del Redentor; en la victoria sobre el aguijón de la muerte. En aquel momento mi incredulidad se quebró (...) y pude ver a Cristo radiante: Cristo en el misterio de la cruz" (Cit. en Sangalli-Biotti, p. 42).

3. Hacia el encuentro de la Verdad

A principios de 1920, Edith Stein regresó a su ciudad natal. Atravesaba un estado de crisis interior; una situación de incertidumbre, cuestionamiento y vacío existencial. Muchas preguntas fluían por su mente. Se pregunta cómo debía encausar su vida; cómo encontraría la paz interior; cómo y dónde encontrar a Dios. Físicamente también se sentía muy afectada por tener que librar, sola y sin ayuda, estas batallas espirituales.

En 1921, aprovechando las vacaciones, visitó en Gotinga la casa de unos amigos filósofos, cristianos luteranos y discípulos también de Husserl. Se trata del matrimonio Theodor y Hedwig Conrad-Martius. Durante su estancia, y casi de "casualidad", llegó a sus manos un texto, cuya lectura cambiaría su vida. Se trataba de "La vida de Santa Teresa de Jesús". Sí, finalmente, a través de este medio, Stein encontró lo que tanto había buscado y anhelado en su corazón: la Verdad. Entusiasmada confesó a su amiga Hedwig que había encontrado finalmente lo que tanto buscaba, y ante el interrogatorio de su amiga sobre la experiencia vivida, responde: "Mi secreto es sólo mío". En seguida intuyó Edith que esta experiencia personal, auténtica, plenificadora y dadora de sentido, debía pasar necesariamente por el bautismo, como momento culminante de encuentro e identificación.

Su larga búsqueda de fe verdadera, forjada progresivamente en su anhelo de verdad, y en el contacto con

personalidades como Max Scheler, Adolf, Hedwig y Anne, finalmente había llegado a su término. En este sentido, dirá más tarde: "Quien vive en la búsqueda de la verdad, vive sobre todo en la búsqueda intelectual. Si se dirige realmente hacia la verdad en cuanto tal (y no intenta sólo juntar simples nociones particulares), está más cerca de Dios (que es la Verdad misma), y, en consecuencia, de su propia parte más íntima, más de lo que se imagina" (Cit. en Sangalli-Biotti, p. 49).

Atendiendo a su promesa, el 1 de enero de 1922 recibió el Bautismo y la Comunión en la iglesia San Martín en Bad-Bergzabern. El párroco don Eugen Breitling le bautizó con los nombres de Edith Teresa Hedwig. Y, un año después, el 2 de febrero de 1923, recibió la Confirmación en la capilla del obispado de Espira. En relación a esto escribirá: "Lo que no estaba en mis planes estaba en el plan de Dios. Estaba cada vez más convencida de que, a la luz de Dios, nada ocurre por casualidad: de que toda mi vida, hasta los detalles más pequeños, ha sido dispuesta por la divina providencia (...)" (Cit. en Sangalli-Biotti, p. 54).

Luego, por recomendación del padre E. Breitling, eligió como su director espiritual a don Raphael Walzer, abad de la comunidad benedictina en Beuron, quien tuvo a bien permitirle frecuentar la abadía, participar en sus celebraciones litúrgicas y familiarizarse con la espiritualidad benedictina. Ya en esta época manifestó su deseo de entrar en el monasterio carmelita, en homenaje a Santa Teresa que le permitió la luz de la fe, pero fue disuadida por su director espiritual, exhortándole a dedicarse, por el momento, a la enseñanza y a la investigación. Ella acató de buen agrado tal recomendación. Reflexionando sobre este tema escribirá: "¡Hágase tu voluntad! Este ha sido el contenido de

la vida del Salvador. Él vino al mundo para cumplir la voluntad del Padre (...) El hombre ha sido llamado a amoldarse a la voluntad divina (...) entonces se le concede colaborar, en libertad, en el cumplimiento de la creación. Si, por el contrario, la criatura libre se niega a esta consonancia, cae en la no-libertad" (Cit. en Sangalli-Biotti, p. 59).

En su testimonio sobre Stein, su confesor y director espiritual, dirá de ella: "Su vida interior era tan sencilla y exenta de problemas; el recuerdo que tengo de nuestras conversaciones es el de un alma perfectamente equilibrada y madura (...) no era para nada una principiante en la vida espiritual (...) su perseverancia en la oración no tenía límites (...) No tenía ni buscaba gracias extraordinarias o éxtasis (...) deseaba simplemente estar allí, junto a Dios, tener delante de sí los grandes misterios" (Cit. en Sangalli-Biotti, p. 60).

Por recomendación del abad Walzer, Edith ingresó como docente en el Instituto de Santa María Magdalena regido por las hermanas Dominicas en Espira. Allí mostró una particular atención por una formación humana integral, capaz de introducir al educando en la comprensión de la realidad total. Entendió que educar, más que instruir, significa formar al ser humano en su conjunto, en todas sus formas y capacidades. Escribirá al respecto: "Una profesora que considera su trabajo como algo puramente intelectual, que se limita a dar clases o pone todo su empeño en sermones moralistas, sin preocuparse de mantener relaciones afectuosas, llenas de pasión, es una mujer y un ser humano destinado a empobrecerse (...) La formación de seres humanos auténticos significa formarles a imagen de Cristo" (Cit. en Sangalli-Biotti, p. 61).

Permaneció en el Instituto desde 1922 hasta 1932. En este período

conoció también al padre Erch Przywara S.J., de profunda espiritualidad ignaciana y aguda capacidad intelectual tomista. Él, reconociendo la formación filosófica y las extraordinarias cualidades intelectuales de Edith, le sugirió dedicar una parte de su investigación filosófica a la doctrina y obra de Santo Tomás de Aquino (1225-1274). Es así como ella se introdujo en el extenso mundo del pensamiento del "Doctor Angelicus", quedando fascinada desde el principio por la amplitud y profundidad de su pensamiento. Se propuso llevar a cabo no solamente trabajos e investigaciones monográficas, sino introducirse de lleno en el pensamiento tomista traduciendo al alemán dos de sus escritos filosóficos: "Quaestiones disputatae de veritate" y "De ente et essentia", y otros textos de carácter religioso y poético. Por esta época tradujo también al alemán las "Cartas" y los "Diarios" del cardenal Henry Newman. De estos autores aprenderá un nuevo método para afrontar su trabajo de investigación filosófica, el mismo que será complementado con el método husserliano, inicialmente aprendido.

Desde un inicio, comprendió que su misión como intelectual católica debía consistir en trazar y tender puentes, sentar las bases para un encuentro y un diálogo académico entre fe y cultura, entre cristianismo y pensamiento moderno, entre la fenomenología husserliana y la filosofía tomista. El ejemplo más preclaro de este propósito es el texto que elaboró con ocasión del 70 aniversario de Husserl titulado: "La fenomenología de Husserl y la filosofía de Santo Tomás de Aquino. Hacia una confrontación".

Dichas traducciones, publicaciones y referencias personales le introdujeron a formar parte del floreciente catolicismo alemán, y a participar activamente en

sus movimientos de cambio, trabando contacto con muchas personalidades del ámbito eclesial. No obstante, esta conversión al círculo católico no le aisló del círculo fenomenológico, sino por el contrario mantuvo siempre el diálogo, la cordialidad y la comunicación con sus antiguos compañeros, maestros y amigos. Se tornó así una personalidad conocida en diversos ámbitos, hecho que motivó su participación como conferencista incluso fuera de Alemania.

A medida que profundizaba en el pensamiento tomista, caía en la cuenta que dichas actividades le demandaban una mayor dedicación y tiempo; por eso, a principios de 1931, renunció a su actividad docente en el Instituto de Espira para dedicarse íntegramente a esta tarea. Como solía decir: Santo Tomás ya no se contentaba con sus horas libres, quería que se dedique por entero a él.

Sin embargo, como hacen constar sus biógrafos, Stein no deja el Instituto simplemente para dedicarse a las obras de Santo Tomás y a sus conferencias. Su verdadero propósito ahora era incursionar en una cátedra universitaria, a pesar de estar consciente de la enorme dificultad y obstáculos por su condición de mujer. Para postular a tan anhelado puesto era preciso contar con la respectiva habilitación; con este propósito viajó a Friburgo para internarse en el convento de Santa Lioba. El resultado de esta labor de investigación fue su manuscrito "Acto y potencia". Sin embargo, dada la situación económica y política que se empezaba a vivir en Alemania a inicios de los 30, todas sus posibilidades se esfuman, a pesar de haberlo intentado por lo menos en tres oportunidades tanto en Gotinga como en Friburgo.

En primavera de 1932, una nueva

experiencia marcó su vida: obtuvo el puesto de docente de pedagogía y antropología en el Instituto Superior de Pedagogía Científica de Münster. Sin embargo, su estancia en el Instituto no durará más que un año. Precisamente, cuando Edith estaba en la cúspide de su actividad intelectual y realmente había conquistado un puesto de reconocimiento internacional en los círculos intelectuales católicos, el gobierno nacional-socialista, recientemente llegado al poder, inició una serie de medidas antisemitas, tales como la prohibición a los judíos para ocupar cargos públicos, la declaración detallada y posterior incautación de sus bienes, el retiro de la ciudadanía alemana, etc.

Estas circunstancias, obligaron a Edith a renunciar a su cargo de docente; sin embargo, ella interpretó todo esto como una señal de la Providencia, y el momento propicio para asumir un nuevo reto: entrar en el monasterio para ser carmelita. Escribirá a su amiga Hedwig al respecto: "No hay por qué lamentarse de que ya no dé clases; creo que detrás hay un destino grande y misericordioso". Su abultado epistolario, junto con sus escritos autobiográficos, dan fe de su anhelo profundo de hacerse monja carmelita, pretensión que ya albergaba desde la noche en que conoció a Santa Teresa y, más aún, cuando recibió el bautismo. Al respecto escribía: "Desde hacía casi doce años (antes de 1933) el Carmelo era mi aspiración (...) Cuando recibí el bautismo el primero de enero de 1922, no dudé que era una preparación para mi entrada en el Carmelo (...) No puedo enseñar, no puedo actuar como laica en la Iglesia: es un signo de que por fin puedo entrar en el Carmelo" (Cit. en Sangalli-Biotti, p. 89).

4. Hacia la contemplación y el servicio a la verdad

Tanto su conversión al catolicismo

como su deseo de entrar en el monasterio carmelita, no estuvieron exentos de fuertes dificultades y grandes sufrimientos. Lo más dramático fue tener que comunicar la noticia a su familia, especialmente a su madre, siempre fiel y practicante de sus tradiciones religiosas. Pero su gran pasión por la verdad, su amor por Dios y por Jesús se sobrepusieron a los lazos humanos. Como era de esperar, al principio experimentó la incompreensión y el rechazo unánime de su familia; su madre le negó su maternidad y nunca quiso entender ni aceptar su conversión: le preguntaba con frecuencia "¿por qué le has conocido?". Incluso algunas de sus amistades, interpretaban su decisión como mera conveniencia, interés personal o ambición para obtener poder y notoriedad; para otros, su conversión y decisión de consagrarse, constituía un acto de cobardía y traición a los suyos en los momentos más dramáticos que se avecinaba, refugiándose al amparo de una institución.

Edith era consciente, desde el instante de su encuentro con Jesús, que su conversión al cristianismo no estaría exenta de rumores y especulaciones, ni exenta de la cruz. Tenía claro, desde el principio, que un cristianismo sin cruz, sin dolor, sin renuncia no es auténtico. En conciencia sabía perfectamente que su decisión no era un acto egoísta de su parte, ni de traición ni de abandono a los suyos; por el contrario, cada vez que tenía ocasión de hacerlo, les expresaba su afecto, su cercanía y unidad en el misterio de la oración y del sufrimiento. Comprendió que su destino, previsto por la Providencia, era cargar con los sufrimientos de su pueblo.

Su estancia en el monasterio estuvo lleno de estos sentimientos; por eso, desde el principio, se ofreció al Señor como víctima de propiciación por su familia, por su pueblo y por la Iglesia. Dicho ofrecimiento quedó patentado en su Testamento espiritual, donde

dice: "Desde este momento acepto la muerte que Dios ha previsto para mí; lo hago con alegría y total sumisión a su Santa Voluntad (...) como expiación por el rechazo del pueblo judío a la fe, y para que el Señor sea recibido entre los suyos y que su reino llegue glorioso; por la salvación de Alemania y la paz del mundo (...) y por todos aquellos que Dios me ha dado; que ninguno de ellos se pierda" (Cit. en Sangalli-Biotti, p. 113).

Aunque en la tradición carmelitana femenina, no se contemplaba la posibilidad de que una religiosa dedicase buena parte de su tiempo a escribir, con Edith se hizo una importante excepción a la regla desde el inicio. A pesar de que antes de su ingreso en el monasterio de Colonia, había sido advertida de la imposibilidad de llevar adelante su actividad científica en el Carmelo, sus superiores le permitieron cierta facilidad para mantener con el exterior incluso comunicaciones académicas; ella simplemente se ajustó de buen agrado a las disposiciones de los superiores.

Durante el periodo de postulando y noviciado, aunque con menor intensidad, continuó realizando pequeños escritos. El trabajo propiamente filosófico lo retomará sólo después de realizar su primera profesión de votos en 1935, cuando el Superior Provincial, luego de terminar su visita canónica, le solicitó que preparase su manuscrito "Acto y potencia" para la publicación. Este escrito, que en buena parte ya lo había confeccionado fuera del convento, ahora fue rehecho casi por completo. Su nueva experiencia, sobre todo, teológica y espiritual en el monasterio la llevaron a incluir nuevos temas y más profundos.

Además de revisar y completar la obra en mención, se propuso redactar su obra maestra: "Ser finito y Ser eterno". Según los especialistas, dicha obra significará

el resultado final de su pensamiento, o mejor, la plasmación última de la trayectoria intelectual de toda su vida. Aunque diariamente le dedicaba más de seis horas a esta labor, consideraba que era insuficiente; razón por la cual, escribió a su superior le dispense de la hora de refrigerio comunitario. Solicitud que no prosperó en consideración a la comunidad.

En sus obras de contenido filosófico, específicamente "Ser finito y Ser eterno", considera, en consonancia con la tradición filosófica, que la filosofía debe ser vista como un hecho de razón que investiga la realidad total, seriamente y sin prejuicios. De la mano de Santo Tomás entiende que entre razón y fe existe una mutua relación de ayuda y complementación. En este sentido, mientras que para Husserl, la fe sólo representa la "autoridad competente para la religión y no para la filosofía", para ella, la fe no es un acto irracional, sino un camino para conquistar la verdad, tal como se propone la razón. Al respecto escribía: "La razón se convertiría en irracionalidad si quisiera obstinarse en lo que puede descubrir con su luz, cerrando los ojos a lo que se haría visible por una luz superior" (Cit. en Sangalli-Biotti, p. 69).

La idea de incompetencia de la fe en el orden de la verdad filosófica sería comprensible si por religión se entendiera un mero sentimiento, una emoción subjetiva o algo irracional. Sin embargo, para la tradición tomista la fe no es un acto irracional, no es ajena a la verdad, sino más bien una vía adecuada y segura hacia ella; es decir, la fe, en primer lugar, es una vía adecuada hacia la verdad, ya que de otra forma nos resultaría inaccesible y, en segundo lugar, es la vía más segura, puesto que no hay mayor certeza que la fe. Esta certeza, propia de la fe, la considera Santo Tomás como un don de la gracia, pues creer

equivale a alcanzar, entender y adherirse a Dios; a pesar de que dicho alcance presuponga ya haber sido alcanzados. En este sentido, exclamaba Stein: "La certidumbre específica de la fe es un don de la gracia (...) Creer equivale a alcanzar a Dios (...): No podríamos creer sin la gracia" (Cit. en Sangalli-Biotti, p. 68).

En consonancia a Santo Tomás, explica Stein, que la revelación no nos hace partícipes de algo ininteligible, sino que tiene un sentido inteligible. No hay que concebirla o demostrarla sobre la base de las realidades naturales; sobre todo, no hay que comprenderla en el sentido de examinarla conceptualmente, sino que en sí misma es inteligible. En su obra maestra explícita: "La filosofía quiere la verdad en la máxima extensión posible. Si la fe hace accesibles verdades que no son alcanzables por otra vía, entonces no se puede renunciar a esta verdad sin abandonar la exigencia universal de verdad" (Cit. en Sangalli-Biotti, p. 68).

Considera Stein que, no obstante la existencia de una correspondencia entre Santo Tomás y Husserl en lo que respecta a considerar a la filosofía como una ciencia racional rigurosa, no sujeta a meros sentimientos ni a gustos personales de cada uno, en ambos filósofos la idea de razón no es la misma. Para Husserl, la razón no es más que la razón natural; mientras que para Santo Tomás, la razón no es solamente natural sino también sobrenatural; por eso, es imposible admitir que la razón natural sea la única vía para llegar a la meta del saber. Concibe Edith que la verdad existe en su totalidad absoluta y objetiva; que la verdad última y sublime consiste en el conocimiento divino. La Verdad, que es Dios mismo, se comunica con los demás espíritus según la medida de su capacidad.

Edith considera meritorio que Husserl,

en sus Investigaciones Lógicas, haya elaborado la idea de verdad absoluta y de conciencia objetiva, y que haya criticado las posiciones relativistas de la filosofía moderna, tales como el naturalismo, el psicologismo, el formalismo o el historicismo. Comparte con el maestro que el espíritu encuentra la verdad, la descubre; no la construye ni la crea porque ésta es eterna. Sin embargo, critica a Husserl que en "Ideas para una fenomenología pura y una filosofía fenomenológica" (Ideas I), haya hecho renacer con prevalencia la tesis del idealismo trascendental. Respecto a la perspectiva trascendental, escribe Edith: "La vía de la fenomenología trascendental ha llevado al resultado de considerar al sujeto como punto de partida y medio de la investigación filosófica. El mundo, que éste construye con sus actos, sigue siendo siempre un mundo para el sujeto. Por este camino no es posible salir del ámbito de la inmanencia para reconquistar la objetividad" (Cit. en Sangalli-Biotti, p. 69). Algunos discípulos más cercanos de Husserl, entre ellos Edith Stein, consideraban este cambio de perspectiva del maestro como un claro retroceso en el desarrollo de la fenomenología inicial y una vuelta hacia el idealismo platónico-kantiano, razón por la cual algunos se apartaron del maestro interpretando sus ideas con una actitud altamente crítica.

5. Testimonio final de la Verdad

Alemania estaba viviendo una situación muy particular, luego de la asunción al poder de Hitler en 1933. Las relaciones entre Alemania y la Santa Sede no eran las más adecuadas, especialmente después de la publicación de la Encíclica "Mit brennender Sorge" (Con ardiente preocupación) de Pío XI, del 14 de marzo de 1937, motivado por las medidas discriminatorias antijudías que iban en ascenso, y que fue dirigida a los fieles

cristianos de Alemania en paz y comunión con la Sede Apostólica. El contenido de la Encíclica presenta la situación de la Iglesia en el Tercer Reich, cuestionando de forma clara y directa la actitud de algunos "espíritus superficiales que caen en el error de hablar de un Dios nacional, de una religión nacional, y emprenden la loca tarea de aprisionar en los límites de un solo pueblo y en la estrechez étnica de una sola raza, a Dios".

En otra parte de la Encíclica se lee: "No es realmente católico quien (...) pone en lugar del Dios personal el destino oscuro e impersonal (...) Si la raza o el pueblo, si el Estado o una forma suya determinada se elevan a norma suprema de todo, incluso de los valores religiosos, y se veneran con un culto idolátrico, entonces se pervierte y falsifica el orden creado y establecido por Dios, y se abandona la fe verdadera". Por disposición de la Conferencia episcopal alemana, la Encíclica fue divulgada y leída públicamente en todas las iglesias el 21 de marzo de 1937. Esta actitud de la Iglesia, provocó tremendo malestar en las altas instancias del régimen nazi. Sus dirigentes ordenaron la inmediata incautación y destrucción de todas las copias de la misma y, en adelante, las relaciones entre la Alemania nazi y el Vaticano se distanciaron.

Además, recién ahora se tiene conocimiento que, a finales de 1938, Pío XI había terminado de redactar una segunda Carta Encíclica, más específica y más contundente, en rechazo a las medidas antisemitas nazis y sobre los racismos en general. Dicha Encíclica titulada "Societatis Unio", que pudo haber visto la luz a raíz de una petición expresa de Sor Teresa Benedicta de la Cruz, nunca se publicó debido a la súbita e inesperada muerte del Papa, el 10 de febrero de 1939. El original de la Encíclica fue descubierto

en el 2001, luego que el Papa Juan Pablo II desclasificara los documentos secretos del pontificado de Pío XI.

Por otro lado, se sabe que a consecuencia del asesinato del secretario de la embajada alemana en París, Ernest von Rath, por un activista judío de origen alemán, los dirigentes nazis promovieron, entre el 8 y 9 de noviembre de 1938, un levantamiento de masas contra las propiedades y las personas judías. Aquella noche del 9 de noviembre ha pasado a la historia como la "noche de los cristales rotos", en alusión a los desmanes provocados por las autoridades y simpatizantes nazis contra los judíos. El resultado fue devastador: se quemaron más de 1000 sinagogas en todo el país; se destruyeron y apedrearon a más de 7000 tiendas de propiedad de los judíos; se saquearon y dañaron las casas, los edificios, hospitales y escuelas de la comunidad judía; casi un centenar de judíos fueron asesinados en una sola noche, y decenas de miles fueron detenidos y, posteriormente, deportados a los campos de concentración. Este primer hecho lamentable luego fue seguido de la puesta en práctica de una política sistemática de abuso y exterminio de la población judía. Después de estos hechos, los judíos ya no podían emigrar libremente de Alemania, obligándoles a declarar sus rentas y bienes con fines confiscatorios, a poner el nombre de Israel en sus pasaportes y la letra "J" en su documento de identidad.

En cuanto a Stein, sus superiores, viendo que la situación para los judíos se tornaba cada vez más difícil en Alemania, decidieron trasladarla al convento carmelita de Echt en Holanda; en este viaje le acompañó su hermana Rosa, quien también se había convertido al catolicismo. En diciembre de 1938, recibieron la visa para trasladarse a Holanda. Instalada ya en el monasterio, unos meses después, en

marzo de 1939, solicitó permiso a la priora para ofrecerse al Señor como víctima de expiación por la paz, por el pueblo judío y por toda la Iglesia. En junio de 1939 escribió su "Testamento espiritual" en el que pone en evidencia la aceptación de la muerte por las intenciones de la Iglesia: "Desde ahora, acepto con júbilo la muerte que Dios me ha reservado someténdome completamente a su santa voluntad. Pido al Señor que quiera aceptar mi vida y mi muerte para su gloria y alabanza, según las intenciones (...) de la santa Iglesia" (Cit. en Sangalli-Biotti, p. 113).

Unos meses después, al producirse la ocupación alemana de los Países Bajos, en mayo de 1940, los obispos holandeses en conjunto condenaron la ideología nazi, y en enero de 1941 publicaron una Carta Pastoral exhortando a los cristianos católicos a no afiliarse al partido nazi holandés. Más aún, en junio de 1942, el arzobispo de Utrecht, Monseñor de Jong, ordenó que en todas las iglesias se diera lectura a la Carta Pastoral en la que los obispos condenaban la persecución y deportación de los judíos. La reacción del Comisario del Reich no tardó en llegar; al día siguiente de la lectura de la Carta, se ordenó la captura y luego deportación de todos los católicos de procedencia judía. Edith, junto con su hermana Rosa, fue arrestada por los nazis, el 2 de agosto de 1942 y trasladada a campo de Westerbork. El 7 de agosto de 1942, se ordenó su traslado, junto a 987 detenidos, entre mujeres, varones y niños, hacia el campo de concentración de Auschwitz. Y, según los reportes de la Cruz Roja, Edith y Rosa habrían muerto en la cámara de gas, el 9 de agosto de 1942, siendo su cuerpo incinerado junto a otros.

6. Consideraciones Finales

En enero de 1962, el cardenal de Colonia inició el proceso de Beatificación

de la religiosa Teresa Benedicta de la Cruz. En 1980, la Conferencia Episcopal Alemana, cursó la solicitud a la Santa Seda para que inicie el proceso de Beatificación de Edith Stein en Roma. El 1 de mayo de 1987, fue beatificada en Colonia por Juan Pablo II; en su homilía exclama el Papa: "Nos inclinamos profundamente ante el testimonio de la vida y la muerte de Edith Stein, la hija extraordinaria de Israel e hija al mismo tiempo del Carmelo (...); una personalidad que reúne en su rica vida una síntesis dramática de nuestro siglo (...). Edith es un regalo de Dios, una llamada y una promesa para nuestra época ¡Sea ella ante Dios intercesora nuestra, de nuestro pueblo y de todos los pueblos!". El 11 de octubre de 1998, el mismo Santo Padre procedió a la canonización solemne de Teresa Benedicta de la Cruz en la Plaza de San Pedro. En aquella ocasión expresó lo siguiente: "Por amor a Dios y al hombre, una vez más elevo mi apremiante llamamiento: ¡Que nunca más se repita una análoga iniciativa criminal para ningún grupo étnico, ningún pueblo, ninguna raza, en ningún rincón de la tierra! Es una llamada que dirijo a todos los hombres y mujeres de buena voluntad; a todos los que creen en el Dios eterno y justo; a todos los que se sienten unidos a Cristo, Verbo de Dios encarnado. Todos debemos ser solidarios en esto: está en juego la dignidad humana". Al año siguiente, el 1 de octubre de 1999, Edith Stein, junto con Brígida de Suecia y Catalina de Siena, fue proclamada patrona de Europa.

CONCLUSIÓN:

Reconstruir el itinerario de Edith Stein de búsqueda de Dios a través del camino de la reflexión filosófica y la contemplación ha sido una experiencia extraordinaria muy satisfactoria desde el punto de vista intelectual y espiritual. El pensamiento filosófico, teológico y místico de Stein se encuentra indisolublemente insertado con

su experiencia vital. De aquí la importancia de familiarizarnos con su trayectoria vital para comprender adecuadamente su pensamiento.

Su primera actitud fenomenológica, libre de prejuicios racionalistas y positivistas, le abrió los ojos a la contemplación de la esencia del fenómeno en sí mismo; y, siguiendo este proceso con fidelidad, descubrió y reconoció la Verdad (Dios) que plenifica la vida y da sentido a la existencia; habiéndola encontrado, la contempló con actitud reverente, cuidando de no entorpecer su belleza con vanas elucubraciones, se consagró por entero a su servicio.

Al finalizar este breve anticipo, confieso que me queda una cierta desazón de no haber dicho todo lo que debía decir, y una sensación de nostalgia de tener que interrumpir, espero por muy breve tiempo, gratas satisfacciones intelectuales y místicas de la mano de Edith Stein. Invito al amable lector aventurarse a descubrir o consolidar el don de la fe a través del camino trazado por la Santa carmelita.

REFERENCIAS:

FELDMANN Christian (1988). *Edith Stein: judía, filósofa y carmelita*. Barcelona: Herder.

FERRER, Urbano (ed.) (2008). *Para comprender a Edith Stein*. Madrid: Ediciones Palabra.

GARCÍA ROJO, Ezequiel (2008). *Una mujer ante la verdad. Aproximación a la filosofía de Edith Stein*. Madrid: Editorial Espiritualidad.

GONZÁLEZ DI PIERRO, Eduardo (2005). *De la persona a la historia. Antropología fenomenológica y filosofía de la historia en Edith Stein*. México: Editorial Dríada.

JIMÉNEZ, Ana-Josefa (1990). *Destellos en la noche. Edith Stein, semblanza biográfica*. Madrid: Publicaciones Claretianas.

SANGALLI, Antonio y BIOTTI, Bruno (1999). *Edith Stein. Una vida para la verdad*. Madrid, Ediciones encuentro.

STEIN, Edith (1989). *Ciencia de la cruz. Estudio sobre san Juan de la Cruz*. Burgos, Editorial Monte Carmelo.

STEIN, Edith (1996). *Ser Finito y Ser Eterno. Ensayo de una ascensión al sentido del ser*. Reimpresión de la primera edición en español, México, Fondo de Cultura Económica.

URKIZA, Julen y SANCHO, Francisco, ed. (2002). *Edith Stein: Obras completas*. Volumen I, II, III, IV: Escritos autobiográficos y cartas, Escritos filosóficos, Antropológicos y pedagógicos. Madrid-Burgos, Editorial Monte Carmelo.